

destos que, queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables.¹ Y en verdad que esas palabras, como todo el resto del pasaje, encajan tan de molde con la anécdota, que, si aquel no se hizo para ella, la anécdota debe haberse forjado sobre aquel.

Don Vicente de los Rios, que fué el primero que dió publicidad á esa noticia, en el siglo pasado, acogió del propio modo otra que ha hecho gran ruido entre los eruditos y curiosos, dando lugar á grandes controversias, que hemos visto renacer con no poco estrépito hace algunos años. Ya se entiende que hablamos del famoso *Buscapié*. Para acreditar esta invencion hubo que recurrir, al darla vida, á otra que pudiera servirle de fundamento. Al efecto empezó por suponerse que, cuando salió á luz por primera vez el *QUOTE*, fué recibido con desden por el público y mal acogido entre los doctos, produciendo por resultado la general indiferencia. Á este mal, añaden, acudió CERVANTES con un remedio como suyo, que fué escribir y dar á luz una crítica anónima de su libro, con insinuaciones tales que excitó la curiosidad de todos. El público desde entonces, á porfía, buscaba y releía el *Don QUOTE*, afanoso por encontrar, tanto en el héroe como en las demás figuras de la novela, las personas verdaderas á quienes simbolizaban. Rios creyó esto de buena fe porque una persona, para él de crédito, le participó por escrito, con fecha 16 de Diciembre de 1775, que habia visto en casa del difunto conde de Saceda, con diez y seis años de antelación, la obrita de CERVANTES titulada *El Buscapié*, de cuyo argumento le trasladó sucintamente aquello que conservaba en su memoria. Mas llególe el turno á Pellicer; y, probando que el *QUOTE* desde su aparicion obtuvo un gran éxito, como que se tiraron cuatro ediciones en el primer año, vino á echar por tierra la base sobre que hasta entonces se habia sostenido *El Buscapié*, y le arguyó de fabuloso por medio de cuatro conclusiones de muy difícil réplica. Posteriormente corria ya con escaso crédito esta noticia; y, cuando llegó su turno á Clemencin, no vaciló en anunciar su sospecha de que, el ejemplar de que habla la carta publicada por Rios, seria tal vez algun impreso amañado con la intencion de explotar la grande aficion que el rico conde de Saceda mostraba por todas las curiosidades bibliográficas. Mor de Fuentes, en su *Elogio de Cervantes*, dice á este propósito: "Precisamente el conde actual es uno de mis mas íntimos amigos, y he habitado meses el palacio suntuoso de su remedo de Aranjuez, el Nuevo Bastan. Con este motivo, y teniéndolo todo absolutamente á mi disposicion, registré y revolví muy de intento la librería; y ni en aquella, ni en la de Madrid, ni en

¹ Parte Segunda, capítulo XXXI.

» sus respectivos indices antiguos ni modernos, asoma el mas leve rastro de existir
» ó haber existido allí en ningun tiempo el presupuesto *Buscapié*; no siendo de
» imaginar tampoco que algun usurpador ó arrebatador, á fin de apropiarse á su
» salvo esta alhaja, tuviese lugar y proporcion para formar nuevos indices, omitiendo
» este artículo, pues no hay enmiendas ni borriones en los existentes."

Tal era el estado de las opiniones mas autorizadas sobre este punto, que iba ya cayendo en el olvido, cuando en 1847 el erudito escritor Don Adolfo de Castro volvió á llamar sobre él la atencion de los literatos, anunciando el descubrimiento de un ejemplar de *El Buscapié*. Movióse no escaso ruido con semejante nueva, que subió de punto luego que, en el siguiente año de 1848, el Sr. Castro publicó en Cádiz su hallazgo. Pudo inferirse desde luego, y, si no, lo inferimos en este lugar, por las señas materiales, que el recientemente aparecido *Buscapié* no era el del conde de Saceda, puesto que este llenaba seis pliegos de impresion, y el del Sr. Castro, impreso con gruesa fundicion, é interlineada además, no contiene en su parte textual arriba de 46 páginas en 8.º, es decir, menos de tres pliegos. En otra circunstancia notable se encuentra tambien desemejanza: el del siglo pasado era un impreso anónimo: el encontrado en Cádiz, un manuscrito intitulado: *El muy donoso librito llamado Buscapié, donde, demás de su mucha y excelente doctrina, van declaradas todas aquellas cosas escondidas, declaradas en el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que compuso un tal de Cervantes Saavedra*. La publicacion de este festivo juguete dió desde luego vasta materia de polémica á los aficionados, que, de contienda gustosa en sus principios, se convirtió muy luego en enojosa escaramuza por los descomedidos ataques del incisivo rebuscador literario Don Bartolomé José Gallardo. Terciaron en el debate literatos distinguidos, y la prensa periódica entretuvo no pocas veces á sus lectores con discusiones sobre la materia. Ticknor la trató con extension en su *Historia de la Literatura Española*, combatiendo la legitimidad originaria del opúsculo; sostúvola contra él el señor Castro; y los traductores de aquella obra, Sres. Gayangos y Vedia, cerraron la controversia con el siguiente razonamiento, á que nos adherimos de muy buen grado: "*El Buscapié*, dicen, es, á nuestro juicio, un juguete literario del señor Castro, quien sin duda se propuso divertirse á costa de sus muchos amigos y cofrades en el estudio de las letras. Hay cierta vanidad literaria en embaucar á los que de críticos se precian y se llaman maestros en estas materias; vanidad que nada tiene de reprehensible cuando se trata de un supuesto hallazgo que, como el presente, nada afecta las creencias históricas y religiosas de nuestro país. Á este sentimiento parece haber cedido el Sr. Castro; y si, como hemos oido

asegurar, algunos de nuestros literatos creyeron en un principio que *El Buscapié* era efectivamente obra del inmortal CERVANTES, el Sr. Castro debe estar pagado y satisfecho, aunque otros, ó mas incrédulos ó mas versados en los misterios de nuestra lengua y literatura, hayan descubierto desde luego su travesura."

No necesitó ciertamente la historia de DON QUIJOTE las andaderas de *El Buscapié* para recorrer con ligereza inusitada y general contentamiento, no ya las provincias de su patria, sino los países de Francia, Italia, Portugal y Flandes, cuyas prensas reimprimieron como á porfía la *Primera Parte* antes de que el autor diera á la estampa la *Segunda*; siendo de notar que, mientras recorría con grande aplauso los puntos mas ilustrados del globo, se tradujo ya al inglés, por el literato Skelton, en el año de 1612. Ni Shakespeare, ni Milton, ni Racine, ni Molière, grandes poetas de aquel mismo tiempo, lograron con sus obras un triunfo tan inmediato y tan completo.

Infinitas controversias se han promovido sobre la verdadera significacion y tendencias mas ó menos trascendentales del QUIJOTE, y mucho se ha delirado en la materia. Unos han sentado que, al escribirle, tuvo CERVANTES por principal objeto satirizar alegóricamente las caballerescas empresas del emperador Carlos V, aludiendo tambien no pocas veces al ministro duque de Lerma en los actos de su gobernacion; otros, que pretendió ridiculizar á la nobleza española, mas infatuada que ninguna del espíritu belicoso y aventurero; quién, levantando el sentido á mas altas regiones, nos asegura que representó la lucha entre la poesía y la prosa de la vida humana, es decir, entre las aspiraciones generosas del alma y el instinto grosero de los sentidos; quién, que trató de exponer una crítica fina y filosófica de la humanidad entera; quién, en fin, encuentra que encerró discretísimamente en tan hermosa fábula la censura capital de los vicios sociales de aquellos tiempos en que se supone dominaba la ignorancia y la fuerza bruta, dejando entrever la venidera regeneracion de los pueblos por el imperio de la sabiduría. Árdua y difusa tarea tendríamos que emprender para registrar los fundamentos de esos y otros no menos peregrinos juicios que se han presentado sobre el móvil que pudo impulsar á CERVANTES á componer su inimitable libro; por eso, abandonando tan intrincadas metafísicas á plumas mas hábiles ó entendimientos mas sutiles, nos limitamos á decir, con el autor en el prólogo de la *Parte Primera*, que llevaba la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destes caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas.—con alcanzar lo cual no alcanzó poco;—y á repetir las últimas solemnes palabras de su obra: *Pues no ha sido, dice, otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de*

los libros de caballerías, que por las de mi verdadero DON QUIJOTE van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Pronóstico que, á semejanza de muchos otros de CERVANTES, se vió realizado, y mas brevemente aun de lo que él acertara á imaginar, porque desde entonces quedó muerta aquella aficion tan arraigada á semejantes libros, única lectura amena que á la sazón se hallaba en boga. Solo las sublimes extravagancias de Don Quijote consiguieron dar de través con toda la caterva de Amadises y Palmerines, cuya destruccion habia sido intentada en vano por nuestros mas grandes escritores moralistas Luis Vives, Alejo Venegas, Diego Gracian, Melchor Cano, Fray Luis de Granada, y otros, á pesar de haber concurrido en auxilio de sus severas exhortaciones los decretos terminantes del Gobierno, en los años de 1543 y 1555, contra los populares libros de caballerías. Pero, si bien fué este su objeto principal, indicio dan algunos rasgos felices de su obra de que en ella encerró varios sucesos de su vida, y que se burló discretamente de muchos vicios y personas de su tiempo.

Coincidió la publicacion del QUIJOTE en Madrid con el nacimiento en Valladolid de Felipe IV, que vino al mundo en 8 de Abril de 1605, dia de Viernes Santo, y fué bautizado con extraordinaria pompa en la iglesia conventual de San Pablo, en 28 de Mayo, bajo los nombres de *Felipe, Dominico, Victor de la Cruz*. Acababa de ser recibido en la corte, y presentado al Rey Católico en el propio dia, el almirante inglés conde Hontinghan, embajador de Jacobo I de Inglaterra, enviado para la ratificacion de las paces ajustadas el año anterior entre las dos Coronas; y, habiendo sido invitado, concurrió á la ceremonia bautismal. Solemnizáronse á la par estos dos faustos acontecimientos con grandes festejos públicos y privados, conservándose por largo tiempo la memoria de la magnificencia y despilfarro con que el duque de Lerma y el condestable de Castilla obsequiaron á porfía al ánglico embajador. Prolijo seria enumerar las fiestas, y el aparato y riqueza desplegados en ellas por espacio de mas de quince dias, que fueron los de su duracion: baste decir, para encarecer su esplendor, que, segun el poeta Espinel, "mostraron la grandeza y prosperidad de la monarquía española, y admiraron á los embajadores y al mundo." Compúsose, con tal motivo, una minuciosa descripcion de todas ellas, titulada: *Relacion de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe Don Felipe Dominico Victor, nuestro señor, hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron*. Este opúsculo

¹ Se imprimió en Valladolid, por Juan Godines de Millis, en el mismo año de 1605 en que se celebraron las fiestas que describe. Contiene 50 hojas en 4.